

Deber y condiciones de eficacia

Quinta parte

Conclusiones y directiva

CAPÍTULO TERCERO

Notas para la acción individual

por

JEAN OUSSET

DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

QUINTA PARTE:

CONCLUSIONES Y DIRECTIVA

Conclusiones y directiva.

CAPÍTULO III.

NOTAS PARA LA ACCION INDIVIDUAL

(1.º grado) (*).

“No hay ninguna posibilidad de satisfacer en un pueblo su ansia de verdad, ha dicho Simone Weil, si no se pueden encontrar a este efecto hombres que amen la verdad.”

Cualesquiera que sean las modalidades de la acción contemplada, hay que recordar con ahínco esta prioridad, así como la primacía de la acción personal.

Sin un determinado número de hombres decididos a actuar y formados para actuar bien —aun en circunstancias difíciles, aun en la aridez—, es vana toda esperanza de acción fecunda.

La más brillante formación carece de interés como no vaya acompañada de alguna irradiación. Es un hecho desgraciadamente frecuente el que haya eruditos cuya doctrina y sapiencia son tesoros escondidos. ¡Qué importa el barniz de un conocimiento

(*) No es inútil hacer observar que esta clasificación (en 3 grados) sólo se propone aquí para facilidad en la exposición. Sería contrario al espíritu de una acción, toda llena de matices y diversidades, ver en ésta algo así como una invitación a hacer discriminaciones abruptas y reglamentarias.

doctrinal, si la voluntad es débil! Cuando el universo está en trance de transformarse en la más perfecta termitera que haya conocido la historia, es sospechosa toda "ortodoxia doctrinal", es dudosa toda "espiritualidad", que no impulsen a la acción.

Cuanto más expuesto se está a que los efectivos y los subsidios sean débiles, más importa "pensar" cualitativamente la acción...; más importa suplir la deficiencia material y numérica por la supremacía que sólo puede dar un conocimiento exacto y un gran amor a la verdad.

Supremacía de una "acción capilar" que, en su grado más rudimentario, implica la formación de elementos persuadidos de que no hay necesidad de ningún "mandato", de ninguna "orden que recibir" para hacer progresar la verdad. Y que en nombre de sus más seguros derechos, de sus más sagrados deberes, han de sentirse responsables de tomar iniciativas.

* * *

En el más humilde grado interesa recordar el poder del hombre solo, pero valeroso; el poder del militante resuelto, tenaz y convenientemente formado, frente a la masa de "borregos".

Nada hay, pues, más precioso que el acuerdo de un pequeño número de amigos reunidos para conversar con regularidad sobre lo que importa saber y hacer.

Para esto no son necesarias organizaciones potentes. Basta con sistematizar el juego de relaciones amistosas, familiares, profesionales, culturales, etc., fijándolas algunos temas de reflexiones convenientemente escogidas.

El nombre de estas reuniones importa poco: grupos, círculos, células, equipos, clubs, etc...

* * *

El primer modo de acción personal es aquel en que el interés *habla*... a sus parientes, a sus amigos, a sus allegados.

Ahora bien, en este punto, la pusilanimidad de los mejores

es lamentable. ¡Cuántos son los que reuniéndose frecuentemente se enteran fortuitamente, al cabo de años, de su común amor por la misma causa! Amor que nunca se habían comunicado hasta ese momento. ¡Cuántos hijos hay que nunca han oído hablar de una acción, en la que el padre está interesado!

Si cada uno se comprometiese a *hablar* en cuanto se presentase la ocasión, nuestras posibilidades se multiplicarían por el simple hecho de una notoriedad mayor.

Sin llegar a ser un "pesado" insoportable, es posible producir una irradiación considerable. Hay muchos espíritus desorientados. Las lecciones de la actualidad son elocuentes. Muchos sienten la necesidad de una acción seria. Importa saber descubrir a aquellos que no esperan sino esta invitación para ponerse a trabajar.

¡Cuántos hay culpables por "cortesía"! No estamos en estos momentos para reverencias de salón. ¡Qué de desgracias habremos de soportar aún, para que los buenos se consideren, por fin, como movilizados! Nunca ha consistido la caridad en dejar que el error se extienda. Una oposición, incluso bastante viva, no es necesariamente culpable. Tanto más que, basta, muy a menudo, con una exposición corta y neta para que sean disipados, al momento, los equívocos más peligrosos.

Guardémonos de ese muy sutil egoísmo que se oculta en un cierto deseo de ser "amado por querer estar siempre de acuerdo con todos". ¡Es tan agradable ser tenido por el "hombre ecuánime" con el que jamás surgen discusiones! Pero tengamos cuidado, como ya lo observaba Veuillot, de que el "temor de dejar de ser amable acabe por quitarnos el valor de ser verdaderos", y de que se nos alabe. Pero ¿de qué? De nuestros silencios y de nuestras apostasías.

* * *

Grande es el error que consiste en creer que la acción individual de que hablamos requiere un largo período de preparación solitaria y silenciosa. "No estoy bastante seguro de mí

mismo. Quiero, antes, estudiar, formarme... Sólo después, cuando me sienta bastante fuerte, me lanzaré a la acción”.

Semejantes escrúpulos demuestran una gran ignorancia de las exigencias variadísimas de la acción.

¿Qué hay que entender por “estar bastante formado para actuar...”? ¿No es suficiente, al principio, estar modestamente formado para poder entregarse a una modesta acción? Si se tratase de ponerse a la cabeza de un imperio, se admitiría la duda. Y aun así, también se podría hacer mucho bien aun ignorando lo indispensable, en efecto, si se tuviese que soportar el cetro y la corona.

Siempre se puede decir lo que se sabe. Sin más. Nunca se ha exigido el título de campeón ciclista para poder, honradamente, montar en bicicleta. Solamente se recomienda preferir, al comienzo, algunas competiciones locales antes de acudir al “Tour de France”.

Entre el grado del discípulo que se lanza y el del profesor, ya ducho, existe un campo de acción con miles de posibilidades..., perfectamente accesibles, sin que sea necesario llegar a obtener el título de maestro o el de campeón.

Es, pues, falso y ruinoso creer que el estudio solitario es preferible a una formación, personal ciertamente, pero de acuerdo con un método más abierto y ya rico en contactos y diálogos.

* * *

No basta *hablar*, afirmar. Es preciso convencer. Es tan bueno, en consecuencia, dedicarse al estudio, como a la práctica, de este arte.

Individualmente, nunca nos esforzaríamos demasiado en mostrar esa serenidad, esa amenidad que son la señal de una convicción tranquila, por ser firme.

Se tropieza, lo más a menudo, con espíritus falsos o que se volvieron débiles por falta de una reflexión rigurosamente llevada. Los peores errores son profesados de este modo sin conciencia clara de su malicia. Razón de más para permanecer tranquilos.

Esos seres, que frecuentemente son unos sensitivos, se cierran irremediablemente a la primera réplica un poco fría. En este caso, exasperarse no conduce a nada.

* * *

No es cuestión de imponer un estilo. Lo que no quita el recomendar por doquier, y siempre, una extrema sencillez.

Hay que ser lo más claro, lo más directo y lo más vivaz posible. Nunca pedante. Nunca pretencioso. Un tono sentencioso, académico, perjudica, frecuentemente, la difusión de las mejores ideas.

Hay que tener mucho cuidado, sin embargo, en respetar y utilizar las palabras convenientes y justas que ningún otro término pueda reemplazar. Son pocas, gracias a Dios. Salvo el caso de estas fórmulas mayores, el desarrollo del discurso debe ser sencillo y familiar.

* * *

Dicho esto, procuremos no olvidar que no existen medios fáciles para aprender cosas difíciles. El único método es ponerse esforzadamente a trabajar.

No digáis que no hay nada que hacer en vuestro rincón. Esta expresión indica que allí hay más que hacer que en parte alguna...; porque está todo por hacer.

La prueba está que, en Francia, varias decenas de miles de personas ansían encontrar una fórmula de trabajo y de acción eficaz...Y no adoptan ninguna. Por falta de voluntad; pero, asimismo, porque nadie se la presenta. Hay que atreverse a hablar. Hay que atreverse a arrastrar. Hay que atreverse a penetrar en todos los medios. Las respuestas afirmativas serán más numerosas de lo que se cree.

Bajo pretexto de que "nadie es profeta en su patria", no se atrevan a hablar de este trabajo a los miembros de su propia familia, a sus propios hijos. Las dificultades puede que sean

reales. Las famosas "oposiciones de generaciones" consisten casi siempre en apariencias, en formas exteriores, y mucho más raramente sobre lo esencial". Hay, pues, que, sin titubear, lanzar a sus hijos en esta acción fundada sobre una información metódica. Excelente medio de darles los hábitos de un discernimiento sólido. Discernimiento que no dejará de serles precioso en sus estudios.

Otra forma de acción individual: la difusión de obras, trabajos, folletos, verdaderamente formativos. Imponer su lectura y hasta su estudio, a quienes nos rodean, no es necesariamente imposible.

Conviene tener presente que es preferible venderlos a distribuirlos gratuitamente. En primer lugar, porque de esta última forma los bolsillos se vacían rápidamente. Además, la experiencia prueba, sobre todo, que nos apegamos más a la lectura de un libro que nos hemos tomado la pena de comprar, mientras que se tiende a subestimar la obra distribuida como un objeto de publicidad o propaganda.

Excelente medio, por añadidura, para hacer participar en el combate a esta categoría de "personas-extremadamente-ocupadas", que sienten no poder participar en una acción más preciosa. Pidiéndoles que se suscriban, que compren libros o periódicos, se les ofrece la posibilidad de sostener la acción de los que están más libres de tiempo.

* * *

Normalmente... Porque hay circunstancias en las que un militante muy propagandista está condenado a quedarse solo (como, por ejemplo, los que viajan mucho)... Normalmente, la animación de pequeños grupos, círculos o células, es el fruto natural de la acción individual.

Y decimos bien: acción individual, pues, a pesar de la existencia de grupos, círculos o células, estos grupos, círculos o células no dejan de depender de una animación puramente individual. Nada orgánico, en el sentido institucional de la palabra. Basta

con que la presión amistosa del responsable ceda o desaparezca, para que dichos grupos, círculos o células, languidezcan o mueran. Porque no dependen más que del celo de uno sólo. De ahí la clasificación que hacemos en el primer grado (1). Reservando para el segundo grado de la acción el estudio de los grupos, movimientos u organismos, que tienen una existencia más institucional, una base más colectiva. Menos dependientes, en una palabra, del impulso de un sólo individuo.

* * *

La utilidad de estos grupos, círculos, células, etc. del primer grado, consisten en que no ahorran el esfuerzo personal, la reflexión solitaria, ofreciendo, al mismo tiempo, la ventaja de alejar los peligros del aislamiento. Son, a fin de cuentas, los elementos indispensables, las antenas señaladas de una acción verdaderamente "capilar". En ellos, la doctrina es asimilada de una forma viva a través de las discusiones familiares. Lo que uno no entiende es explicado y aclarado por otro.

Se adquiere la costumbre de hablar con una relativa facilidad de la doctrina aplicada a cuestiones sociales y políticas. Se adquiere conciencia del interés que puede suscitar. La iniciativa personal puede ganar su libertad beneficiándose, al mismo tiempo, de las ventajas de un trabajo en el que cada uno se siente menos solo, en que cada uno se siente más fuerte. El desánimo es menos brutal.

* * *

(1) En el primer grado: ayuda a los individuos como tales (comprometidos o no en los cuerpos sociales o agrupación)... explicaciones elementales, despertar o reforzar el sentido de las responsabilidades sociales y cívicas, en cualquier recién venido... Tales intervenciones pueden ser efímeras o prolongadas, informales o más sistemáticas: conversaciones, encuentros, grupos de trabajo, etc...

REGLAS MAS DETALLADAS PARA EL TRABAJO EN CELULA

Se puede decir que lo esencial en este grado se contiene en unas pocas reglas sencillas.

Estimular a los pasivos por medio de cuestiones directas. Frenar a los charlatanes o a los "sabios" para que no impidan otras participaciones fuera de las suyas. Controlar la repercusión de teorías emitidas o situaciones evocadas sobre la sensibilidad del grupo. Evitar que esta sensibilidad se apegue más a lo accesorio que a lo esencial. Controlar la comprensión de cada uno y su participación. Velar por la perseverancia y por la continuidad del trabajo.

* * *

Si desaparecieran algunos miembros, no hay que considerarlos necesariamente como que han "abandonado". Puede que hayan retrocedido para coger fuerzas o para digerir alguna proposición difícil. Se producirá la sorpresa de verlos reaparecer, definitivamente conquistados, después de un cierto tiempo.

Si el trabajo es serio, la doctrina segura, no se puede dudar del resultado. La verdad camina insensiblemente. Atenaza al espíritu, incluso al más rebelde. Prepara los corazones. En consecuencia: nunca dejar de volver al lado de esas personas que fallaron en los primeros contactos. La perseverancia en estas cuestiones es un factor importante en la propagación de las ideas:

No hay que olvidar que el éxito atrae. Muchos no vendrán al comienzo sin objeción seria. Manteneos firmes durante seis meses, un año. Les veréis volver por esta única razón: os habéis mantenido firmes.

¿Cuál será la periodicidad de estos reencuentros? La más frecuente posible. La dificultad estriba en la justa determina-

ción de esta última palabra. Su exceso podría deshacer el grupo, pidiéndole demasiado.

En verdad, interesa que los miembros de la "célula" se reúnan, se encuentren regularmente y con bastante frecuencia. Pero no hay que creer, sin embargo, que sólo hay célula a las horas de estas reuniones o de estos encuentros. La célula es esencialmente un núcleo de hombres que quieren ser actuantes y propagandistas. Y no es precisamente en el curso de estas reuniones donde mejor pueden ejercitar esas facultades... Su reunión no tiene otro fin que perfeccionar su formación, reforzar su unión, favorecer su concentración, etc.

Dicho lo cual, la experiencia prueba que una buena frecuencia es la de la reunión semanal. Las reuniones bimensuales son un mínimo; si son más espaciadas no se hace un trabajo serio. A la menor ausencia, se produce un hueco de dos meses que hay que llenar: formación nula. Nos resistimos a creer en la eficacia de círculos que no se reúnan, por lo menos, cada quince días.

* * *

¿La importancia numérica de la célula? Unos diez al máximo. Como límite extremo: una docena. Y ello porque en grupo de cinco a ocho el trabajo es más fácil, incluso más agradable que en un círculo demasiado importante o pequeño. Pero no hay regla fija, sin embargo. La búsqueda formalista de lo mejor produce frecuentemente catástrofes.

Cada célula tiene su psicología propia. Forma un todo viviente. Si se desplazan sus miembros imprudentemente, se corre el peligro de encontrarse sin nadie al poco tiempo. Hay que respetar lo más posible esta intimidad, esta familiaridad de las células. Sin lo cual las discusiones pierden sus franqueza, su libertad. Los más tímidos titubearán en confesar su ignorancia o en pedir explicaciones.

* * *

¿Se les puede permitir a los miembros de la célula llevar a algún amigo? En principio: sí. Pues sería favorecer la irradiación. ¿Y no es ésta precisamente la forma más natural de reclutar nuevos miembros? Por regla general, pues: aceptar todo crecimiento, a condición de que no sea causa de perturbación grave (número excesivo, detención del trabajo, ruptura de la intimidad). Decimos perturbación grave, porque es anormal, y hasta beneficioso, que los nuevos planteen cuestiones y exijan explicaciones que no se tenía ya la costumbre de dar. Excelente ejercicio de revisión. Pero si el recién llegado fuera causa de trastorno serio, evítese su retorno.

* * *

Si se temiese la falta de ardor en los miembros del grupo, sería prudente evitar, al menos en los comienzos, los temas demasiado áridos.

Comenzar por los que podrían facilitar el “enganche” o “alistamiento”.

Seguir el desarrollo lógico de la doctrina es, en verdad excelente. Se evitan así muchas repeticiones, muchas vueltas atrás. Para personas seguras y resueltas es la mejor fórmula. En muchos casos, sin embargo, sería prudente adoptar un orden más... psicológico. Lo esencial es que el no perder jamás de vista que, sea avanzando, sea retrocediendo, debe estudiarse toda la doctrina.

* * *

En cuanto sea posible, evitar, durante la reunión, la lectura demasiado literal del libro o del artículo que se ha escogido para ser estudiado. Lo ideal sería que cada cual lo haya leído o se haya documentado de antemano, y que la sesión sea consagrada a los comentarios, discusiones, ilustraciones, ahondamientos. Esto es posible. Esto se hace. Reconozcamos, no obstante, que es difícil y raro. La lectura comentada se suele adoptar más a

menudo. Lectura que conviene sea corta para que, enseguida, se abran las dicusiones.

* * *

Contrariamente a lo que muchos imaginan, una cierta rapidez es necesaria si se quiere captar la amplitud, la armonía, la unidad de la sana doctrina. Vale más volver a un punto demasiado rápidamente tratado algunas semanas antes. Se tendrá así una conciencia más viva de su utilidad; mejor que permanecer atascados durante meses ante una dificultad.

* * *

Con más de diez personas una célula se hace pesada. Hay que pensar en dividirse. Pero ¿cuándo y cómo? Proceder según la ley de afinidades. En tanto sea posible, nunca separar a los inseparables. Al grupo de amigos, que ha constituido el grupo inicial, le interesa proseguir durante varios meses, y hasta algunas veces años, su trabajo en común. Romperlo, so pretexto de división, viene a ser frecuentemente como recomenzar los mismos ciclos de trabajo. Ahora bien, es preferible extender el horizonte doctrinal, si se quiere obtener una formación cívica conveniente.

Una fórmula consiste en mantener el contacto entre los antiguos y fundar en otros lugares nuevos círculos. Y que el que inicia uno se comprometa a seguirlo hasta que pueda marchar solo, sin que por ello deje de frecuentar su antiguo grupo.

* * *

Quienquiera que intente uniformizar e imponer a las diversas células, que pueda conocer o animar, su manera de actuar y de trabajar, nada ha comprendido de la utilidad de este género de acción.

Hay que saber que, para atraerse a alguien, no hay nada como confiarle responsabilidades.

* * *

Muchas dificultades se deben a incompatibilidades de carácter. Hay que hacer todo lo posible para disiparlas. Lo importante es saber trabajar a pesar de ello. En cuanto se presume que algunos no quieren trabajar porque el jefe de X... o de Y... (podría ser la muestra) no les cae bien, hay que arreglarse para lanzar otro grupo donde esos granos de arena no existan.

Un procedimiento consiste en confiar el nuevo círculo a aquel o a aquellos que se sienten molestos.

* * *

Respetar en todo la variedad de los seres y de las cosas. De esta forma, los que no puedan ser alcanzados por unos, lo serán por otros.

Quien quiera dedicarse a esta acción de irradiación y de vigilancia individuales, debe hacer prueba de una infatigable obstinación, de una constante ingeniosidad. Su humildad, su desinterés, su celo, deben incitarle a estar siempre dispuesto a eclipsarse tan pronto comprenda que otro conviene mejor en tal circunstancia, en tal medio, con tal clase de personas.

Debemos ser solamente los servidores de la verdad. Su servicio es lo único que interesa. Hay que saber desaparecer o ser muy discretos cuando nuestras intervenciones puedan llegar a ser un obstáculo.